

R
A
M
O
N
O
P
E
N

EL SON
DEL
CORAZON

VELLARDE

RAMON LÓPEZ VELARDE

EL SON DEL CORAZÓN
POEMAS

MMXXI



Hiedra | Revista Electrónica
de Literatura



Programa de Fomento a la Lectura
Centro Universitario UAEM
Amecameca



Título

El son del corazón: poemas

Autor

López Velarde, Ramón, 1888-1921

Ilustraciones

Revueltas, Fermín, 1902-1935

Publicación

Centro Universitario UAEM Amecameca, Hiedra | Revista Electrónica de Literatura

Fuente de consulta y recuperación

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010 bajo el título: *El son del corazón: poemas / Ramón López Velarde; [ilustrador Fermín Revueltas]* (en formato HTML)

Publicación original

México, (Bloque de Obreros Intelectuales, 1932)

Notas de reproducción original

Edición digital basada en la de México (Bloque de Obreros Intelectuales, 1932)

Idioma

Español

Cuidado de la edición/adaptación

Antonio Ojeda

1. Poesía Mexicana del siglo XX
Centro Universitario UAEM Amecameca, 2021



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/).

CONTENIDO ∞

MIS ENCUENTROS CON EL BUEN RAMÓN	7
RAMÓN LÓPEZ VELARDE	13
EL SON DEL CORAZÓN.....	23
EL ANCLA	25
TREINTA Y TRES.....	27
ANNA PAVLOWA	29
GAVOTA	32
EN MI PECHO FELIZ.....	34
LA ASCENSIÓN Y LA ASUNCIÓN	35
SI SOLTERA AGONIZAS	37
EL PERRO DE SAN ROQUE	38
VACACIONES	40
¡QUÉ ADORABLE MANÍA..!	42
MI VILLA.....	44
LA SALTAPARED	46

EL SUEÑO DE LOS GUANTES NEGROS	48
EL SUEÑO DE LA INOCENCIA	50
AGUA FUERTE.....	51
SUAVE PATRIA.....	52
EL VERSO INOLVIDABLE... ..	61
BIOGRAFÍA DEL AUTOR	73
BIOGRAFÍA DEL ILUSTRADOR.....	79

MIS ENCUENTROS CON EL BUEN RAMÓN

I

1917.- Sonora. El General Manzo me invita a visitarlo en La Misa. No llego sino hasta Ortiz. Sin vehículo para proseguir el viaje, en la Estación Ortiz vivo tres días. Son veinte los habitantes de la Estación. No se puede charlar ni con cuatro. Me voy a la playa árida de un arroyo seco. Tengo un libro salvador: ¡*La Sangre Devota!* Lo leo cinco, ocho, once veces...

Desde entonces me son familiares Fuensanta, la tierra colorada de Zacatecas, el campanero hermano y las ilustraciones prófugas de las cajas de pasas.

II

1917.- En México. Con un amigo —el cabezón Nájera— voy al teatro. Trabaja Consuelo Mayendía. Distingo desde la fila undécima a un caballero, vestido de negro, que está en la segunda. Digo al cabezón:

—Te aseguro que aquel es el poeta Ramón López Velarde.

Lo abordamos a la salida. Se comprueba:
—¿Es usted Ramón López Velarde?
—Sí, señor. Mucho gusto...
Somos amigos.

III

Nos encontramos frecuentemente en el restorán, en la calle, en el bar. Trabaja él en la Secretaría de Gobernación con Aguirre Berlanga. Es abogado y lo disimula muy bien. Por las noches, desde su oficina a oscuras, conversa por teléfono con misteriosa dama. ¿Sería aquella «alta como una buena intención»?

IV

1921.- Muere. Esa mañana, al leer la noticia, voy a Chapultepec. Acompaño al general Obregón —Presidente de la República— en su paseo matinal por el bosque.

—Ha muerto un gran poeta.

Le digo. Y le cuento de Ramón y le recito sus versos, que impresionan al poeta que existía en Obregón.

Al mediodía, en la Universidad, Vasconcelos llega alborozado:

—¡Qué gran Presidente tenemos! —dice—. Acabo de hablarle de López Velarde y me recitó sus versos.

—Hágale suntuoso entierro, por cuenta del Gobierno —había ordenado el invencible Manco.

Ante la alegría del Rector, yo sólo recordé las poesías lópez-velardescas que acababa de recitar y la formidable memoria del General Obregón.

V

En la Cámara de Diputados.

—Voy a proponer que se enlute la tribuna durante tres días por la muerte de Ramón.

Tal digo a Jesús B. González. Encantado Jesús B., me ofrece colaborar en la redacción de la iniciativa. De él y mía son las primeras firmas.

A sostener la proposición sube a la tribuna otro gran amigo nuestro y del bardo zacatecano: el doctor Pedro de Alba.

VI

Lo enterramos en el Panteón Francés. Discursos. Muchos oradores. Y versos. Bellos versos...

Yo envío una corona, con un listón blanco. En él pongo esta inscripción a letras negras: Fuensanta... Y son exactamente cinco los puntos suspensivos, que quieren decir: ruega a Dios por él.

VII

A Zacatecas. Vamos en caravana lírica hasta veinte hombres de letras o cosa parecida. El gobernador de aquel Estado —Rodarte— hace justicia a López Velarde, grabando su nombre en un crestón de la Bufa y poniéndolo también en Jerez, en la casa en que nació Ramón.

Rafael López preside la caravana lírica y es prominente animador del grupo el melencólico dibujante García Cabral.

Cuando estamos en lo alto de la Bufa, un tren llega a Zacatecas, culebreando por los lomeríos. Todos sentimos la justeza del verso del extraño poeta jerezano: «El tren va por la vía, como aguinaldo de juguetería».

¿Mi último encuentro con López Velarde?

Este libro.

Djed Bórquez
Quinta Niní. Cuernavaca, julio de 1932.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Una música vaga, desentonada y en sordina que alcanza a los oídos a través de un paisaje quieto, pero rico de olores y colores; una zurda orquesta que descompasa la obra de un genio, como aquella chirimía de indígenas que encontré una tarde magnífica de Tabor y de amor, acompañando a un cadáver al cementerio, y moviéndose en los surcos morenos, al ritmo antitético y apenas reconocible de la Marcha Fúnebre de Chopin; algo del encanto equívoco de estas evocaciones producen los versos de Ramón López Velarde.

La musicalidad es lo primero que en ellos sorprende... antes de entenderlos. Es una suave brisa que acaricia o que hace daño vagamente; es un suspiro apasionado o burlón; sentimos estupor ante las asociaciones de sustantivos poéticos y de adjetivos tomados a una tecnología bárbara, adjetivos que a veces huelen a yodoformo; una confusión de lampos, de grisallas, de silencios inexplicables que mantienen hipnotizado al ensueño, pero que, al principio, la razón no acepta. Arte ingenuo y decepcionado que se expresa en una monotonía de canto llano, roto, sin embargo, por la acentuación rara del ritmo irregular. Manso ritmo ordinario, con olores a incienso y a manzana, a ropa almidonada y a guayabate

monjil. Aun sin prestar atención a lo que expresa, su cadencia nos trae ya un dejo provinciano persistente.

Y en verdad, el poeta es sólo un provinciano, un zagal que estaba destinado a tañer su bucólica zampoña en la paz pueblerina, y que, por ironía de la suerte, ha venido a amargar su alma y a complicar su canto en la gran sirte de esta capital. Era, antes de su éxodo, un primitivo, un pequeño, atónito ante la vida y que la copiaba con la candidez de los precursores en el arte de la pintura. Su temperamento lo asimilaba a los primitivos alemanes: en él la inelegancia de las formas y lo sumario de la factura estaba compensado ampliamente por sus dotes de invención y de movimiento, por el sentido agudo del valor expresivo del detalle, por la gravedad del pensamiento y del sentimiento.

Tenía su manera el agrado de una rosa silvestre en una tabla de alfalfa florecida; su conciencia escuchaba el mensaje de la poesía, con el aire tímido y sobrecogido con que Dante Gabriel Rossetti pinta a María al recibir la Anunciación. Hubiera podido ser cormano del monje Gualterio de Coincy, que escribía sus fábulas piadosas en una celda con vista a un huerto cerrado. Él y su escuela dirigían su arte ingenuo a probar la debilidad humana: el hombre es una criatura muy infeliz y muy impotente, incapaz de todo si Dios no lo asiste y no sostiene su voluntad vacilante.

Allá, en su pueblo natal, acólito e inocente, absorbió la paz de la vida eclesiástica y casera sin incidentes; su sueño se envolvía en un rebozo de seda; veía con ojos amigos la plaza provinciana de las dominicas; placíanle los talles y las nucas campesinas de sus conterráneas, las penumbras frescas de su parroquia colonial; las naderías que conmovían al pueblo. Garzón, tuvo que prender los velos de su imaginación a las cosas nimias, y sus amores candeales fueron a su prima Águeda, a Fuensanta, la primera novia, a quien rendía dulcía diciéndole las jaculatorias con que venerara a la Virgen de su parroquia.

Entonces era su poesía puramente objetiva, bien que ya presagiara clausura en el microcosmos.

Poco a poco descubriera su propio mundo enigmático y diverso. De objetivo se tornó subjetivo y, por ende, más lírico, y pronto, de lo exterior usó únicamente como símbolo. Siguió empleando las mismas imágenes familiares y dilectas, los mismos temas provincianos; pero entrañó en ellos un significado: el viejo poco verdinoso y taciturno que, en medio a la casona, copia el primer lucero de la noche, fue su maestro.

Como su alma naciera sensible y dependiente, el misticismo la envolvió maternal en sus plumones;

genuflecto se halla ante el misterio, y se promete que, a la hora del cansancio final, los callos de sus rodillas le han de ser viático.

La civilización, el poco de civilización que encierra la Ciudad de los Palacios, ha instilado al poeta un veneno más letal que los de Medea. Al correr por sus venas lo ha metamorfoseado, en cierto modo, basta el punto de que, a veces, se duda cuál es su verdadera fisonomía espiritual.

Esa estatura de San Cristóbal rústico, los músculos que se acusan bajo las ropas un tanto desgarradas, tales atrevimientos en sus versos modernos -ásperos y túrgidos como el deseo de un egipán-, su voluntario hermetismo, lo harían digno de ser incluido por Verlaine en su galería de poetas malditos. Recuerda a Rimbaud hasta por aquella «su cara de ángel en destierro». Esa faz suele ser pacata; pero bien observada es ambigua, por cierto movimiento hacia atrás de la cabeza; por una ceja en rasgo de eñe que sombrea a un ojo sarcástico y sutil; por la boca sensual de sonrisa infantil. Su franca risa suena en ocasiones más irónica que todos los relinchos de los *bouybunbuns* de Swift.

¿Será un sacristán erótico? ¿Oirá algunas veces las misas negras de Gilles de Rais? A mí me parece que hasta su tercer pecado capital es ingenuo y que iría, a lo más, a las cristianas celebraciones que, en el siglo de Elagabal

impulsaban a los fieles a entregarse mutuamente a la hora del Perdón, en una basílica incipiente y ante un Krestus colosal clavado en una Tau, que simbolizaba el principio de la vida, por derivación del oriental culto del sol.

Es, en suma, un neo-romántico, un descendiente de René y de Obermman. Ellos experimentaron todas las ansias y todas las inquietudes; quisieron cubrir a la creación en un gigantesco abrazo, y, al verse muy pequeños para darlo, se rebelaron.

El romántico de hoy siente lo mismo, mas no llega hasta la rebelión. ¿Es una fuerza o una lacra?

López Velarde es romántico aun por el hecho de que todavía tiembla ante la mujer. (¡Líbranos, Señor, de la Jactancia!) Su drama, él lo dice, es a la vez sentimental y cómico, y por sus versos pasan amores otoñales, deslumbrantes enlutadas en día nefasto, mujeres cuyos nombres tienen desinencia en diminutivo, doncelleces que se prolongan como vacuas intrigas de ajedrez.

Esa es su obsesión, aun cuando lo liberen, a ratos, las remembranzas de sus frescas provincianas, las propicias *Pasajeras* de los días lluviosos, los giros hieráticos de Tórtola Valencia o el taconeo de estrofa de Antonia Mercé.

Por sobre esa teoría, remonta, sin embargo, un sueño: el de la mujer que sea barro para su barro y azul para su cielo. Dejemos que la alabe... antes de que se convenza. Se hace minúsculo conscientemente (ser una casta pequeñez), y dilucida su drama interior con un gesto resignado y lento. Lo decora con todo lo nimio, con todo lo insignificante, y logra, así, renovar el bagaje lírico con que se expresan los sentimientos... aun el amor.

Ni en ritmo ni en ideas tiene miedo a la séptima inarmónica y obtiene con ella efectos prodigiosos, disonancias que dan a su verso un encanto único, ironía miserable e íntima.

¿Cómo logra fijar algunos aspectos de la belleza que pasa suspensa en la fluidez de su vida? Desde su rincón, su alma, que tiene por única virtud el sentirse desollada, atisba; le interesa todo lo que no tiene fin preciso, los despilfarros de fuerza y de pasión, lo fútil, lo que nadie mira, lo sencillo y suave, la debilidad, el pecado, la tristeza. Y todo eso lo traspone en imágenes, en imágenes puras.

La idea es dinámica y la imagen estática. El poeta quiere detener, con un gesto de amante en desespero, el instante fugaz y, así lo clava como una mariposa en un cartón de entomologista, con el agudo alfiler de su propia

inquietud. Quiere que su creación sea un resumen de su conciencia total del momento, y, obstinadamente anota todas sus coincidencias.

Todos los artistas que crean según la estética de la intuición hacen otro tanto: asocian sus estados emotivos a todas las circunstancias materiales exteriores, a las más nimias, que serán las más personales; pero éste, que es un máximo ensimismado, prende sus estados interiores uno al otro, los describe ambiguamente y resulta, a las veces, ininteligible para los profanos. Y es que se necesita una profunda consonancia para intuir todos los estratos de la conciencia de otro espíritu y adivinar así las alusiones a ellos.

De su gramática no hay que hablar, porque ya Rafael López le auguró excomuniación mayor.

Mas sí cabe hablar, al paso, de su filosofía, aunque haya en el mundo más cosas de las que puedan soñarse en ella. Es desencantada y amarga. El poeta ha dicho valientemente que asistirá con sonrisa depravada a las ineptitudes de la inepta cultura; que toda la ciencia, la zurda ciencia, cabe en la axila de una danzarina, y que la norma de la vida es Eva montada en la razón pura.

¡Que en honor de estas afirmaciones, por los milenarios, descalzas y purificadas las juventudes vayan en peregrinación a su sepulcro, que ha de estar ornado de una imagen bifronte; por un lado un Salicio plorante: por el otro un pecador que tendrá en la mano un candil en forma de nave!

Genaro Fernández Mac Gregor

EL SON DEL CORAZÓN: POEMAS

EL SON DEL CORAZÓN

Una música íntima no cesa,
porque transida en un abrazo de oro
la Caridad con el Amor se besa.

¿Oyes el diapasón del corazón?
Oye en su nota múltiple el estrépito
de los que fueron y de los que son.

Mis hermanos de todas las centurias
reconocen en mí su pausa igual,
sus mismas quejas y sus propias furias.

Soy la fronda parlante en que se mece
el pecho germinal del bardo druida
con la selva por diosa y por querida.

Soy la alberca lumínica en que nada,
como perla debajo de una lente,
debajo de las linfas, Sherezada.

Y soy el suspirante cristianismo
al hojear las bienaventuranzas
de la virgen que fue mi catecismo.

Y la nueva delicia, que acomoda

sus hipnotismos de color de tango
al figurín y al precio de la moda.

La redondez de la Creación atrueno
cortejando a las hembras y a las cosas
con el clamor pagano y nazareno.

¡Oh Psiquis, oh mi alma: suena a son
moderno, a son de selva, a son de orgía
ya son mariano, el son del corazón!

EL ANCLA

Antes de echar el ancla en el tesoro
del amor postrimero, yo quisiera
correr el mundo en fiebre de carrera,
con juventud, y una pepita de oro
en los rincones de me faltriguera.

Abrazar a una culebra del Nilo
que de Cleopatra se envuelva en la clámide,
y oír el soliloquio intranquilo
de la Virgen María en la Pirámide.

Para desembarcar en mi país,
hacerme niño y trazar con mi gis,
en la pizarra del colegio anciano,
un rostro de perfil guadalupano.

Besar al Indostán y a la Oceanía,
a las fieras rayadas y rodadas,
y echar el ancla a una paisana mía
de oreja breve y grandes arracadas.

Y decir al Amor: "De mis pecados,
los más negros están enamorados;
un miserere se alza en mis cartujas
y va hacia ti con pasos de bebé.

como el cándido islote de burbujas
navega por la taza de café.
Porque mis cinco sentidos vehementes
penetraron los cinco Continentes,
bien puedo, Amor final, poner la mano
sobre tu corazón guadalupano..."



TREINTA Y TRES

La edad del cristo azul se me acongoja
porque Mahoma me sigue tiñendo
verde el espíritu y la carne roja
y los talla, el beduino y a la hurí,
como una esmeralda en un rubí.

Yo querría gustar del caldo de habas,
mas en la infinidad de mi deseo
se suspenden las sílfides que veo
como en la conservera las guayabas.

La piedra pómez fuera mi amuleto,
pero mi humilde sino se contrista
porque mi boca se instala en secreto
en la feminidad del esqueleto
con un crepúsculo de diamantista.

Afluye la parábola y flamea
y gasto mis talentos en la lucha
de la Arabia feliz con Galilea.

Me asfixia, en una dualidad funesta,
Ligia, la mártir de pestaña enhiesta,
y de Zoraida la grupa bisiesta.

Plenitud de cerebro y corazón,
oro en los dedos y en las sienes rosas,
y el Profeta de cabras se perfila
más fuerte que los dioses y las diosas.

¡Oh, plenitud cordial y reflexiva:
regateas con Cristo las mercedes
de fruto y flor, y ni siquiera puedes
tu cadáver colgar en la impoluta
atmósfera imantada de una gruta!

ANNA PAVLOWA

Piernas
eternas
que decís
de Luisa La Vallière
y de Thaís...

Piernas de rana,
de ondina
y de aldeana;
en su vocabulario
se fascina
la caravana.

Piernas
en las cuales
danza la Teología
funerales
y Epifanía.

Piernas:
alborozo y lutos
y parodias de los Atributos.

Piernas;
en que exordia

la Misericordia
en la derecha,
y se inicia
en la otra la Justicia.

Piernas
que llevan del muslo al salón
los recados del corazón.

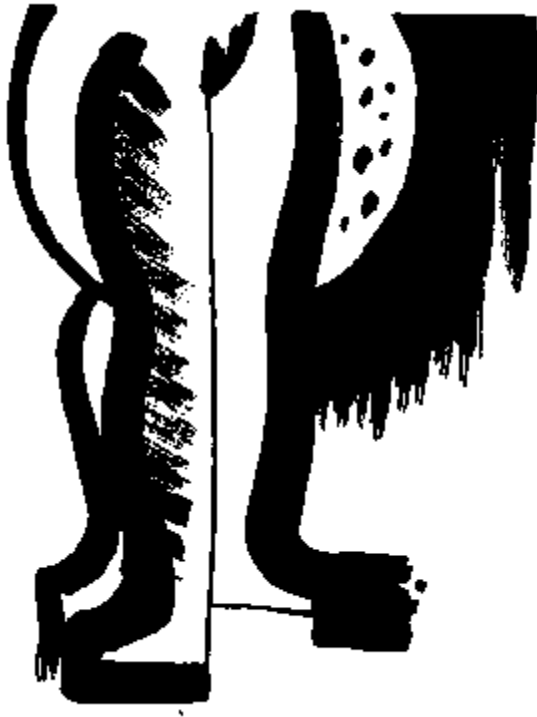
Piernas
del reloj humano,
certeras como manecillas
dudosas como lo arcano,
sobresaltadas
con la coquetería de las hadas.

Piernas
para que circuyas
el espíritu, que se desarma
entre tus aleluyas;
si la violeta de Parma
tuviese piernas;
serían las tuyas.

Mística integral,
melómano alfiler sin fe de erratas,
que yendo de puntillas por el globo

las libélulas atas y desatas.

¡Te fuiste con mi raptó y con mi arrobó,
agitando las ánimas eternas
en los modismos de tus piernas!



GAVOTA

Señor, Dios mío: no vayas
a querer desfigurar
mi pobre cuerpo, pasajero
más que la espuma del mar.

Ni me des enfermedad larga
en mi carne, que fue la carga
de la nave de los hechizos,
del dolor el aposento
y la genuflexión verídica
de tu trágico pavimento.

No me hieras ningún costado,
no me castigues a mi cuerpo
por haber vivido endiosado
ante la Naturaleza
y junto a los vertebrales
espejos de la belleza.

Yo reconozco mi osadía
de haber vivido profesando
la moral de la simetría.

Amé los talles zalameros
y el virginal sacrificio;

amé los ojos pendencieros
y las frentes en armisticio.

No tengo miedo de morir,
porque probé de todo un poco,
y el frenesí del pensamiento
todavía no me vuelve loco.

Mas con el pie en el estribo
imploro rápida agonía
en mi final hostería.

Para que me encomiende a Dios,
en la hostería, una muchacha,
con su peinado de bandós,
y que de ir por los caminos
tenga la carne de luz
de los peroles cristalinos.
Y que en sus manos, inundadas
de luz, mi vida quede rota
en un tiempo de gavota.

EN MI PECHO FELIZ

No he buscado poder ni metal,
mas viví en una marcha nupcial...
Me parece que por amar tanto
voy bebiendo una copa de espanto.

Claro obscuro de noche y de día;
los tres nudos que tiene mi ser
a la buena y la mala mujer.

En mi pecho feliz no hubo cosa
de cristal, terracota o madera,
que abrasada por mí, no tuviera
movimientos humanos de esposa.

¡Desdichado el que en la hora lunar
en su lecho no huele azahar!

...Desposémonos con la sencilla
avestruz, con la liebre y la ardilla...

LA ASCENSIÓN Y LA ASUNCIÓN

Vive conmigo no sé qué mujer
invisible y perfecta, que me encumbra
en cada anochecer y amanecer.

Sobre caricaturas y parodias,
enlazado mi cuerpo con el suyo,
suben al cielo como dos custodias...

Dogma recíproco del corazón:
y ser por virtud ajena y virtud propia,
a un tiempo la Ascensión y la Asunción!

Su corazón de niebla y teología,
abrochado a mi rojo corazón,
traslada, en una música estelar,
el Sacramento de la Eucaristía.

Vuela de incógnito el fantasma de yeso,
y cuando salimos del fin de la atmósfera
me da medio perfil para su diálogo
y un cuarto de perfil para su beso...

Dios, que me ve que sin mujer no atino
en lo pequeño ni en lo grande, díome
de ángel guardián un ángel femenino.

¡Gracias, Señor, por el inmenso don
que transfigura en vuelo la caída,
juntando, en la miseria de la vida,
a un tiempo la Ascensión y la Asunción!



SI SOLTERA AGONIZAS

Amiga que te vas:
quizá no te vea más.

Ante la luz de tu alma y de tu tez
fui tan maravillosamente casto
cual si me embalsamara la vejez.

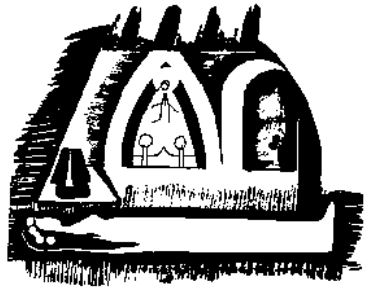
Y no tuve otro arte
que el de quererte para aconsejarte.

Si soltera agonizas,
irán a visitarte mis cenizas.

Porque ha de llegar un ventarrón
color de tinta, abriendo tu balcón.
Déjalo que trastorne tus papeles,
tus novenas, tus ropas, y que apague
la santidad de tus lámparas fieles...

No vayas, encogido el corazón,
a cerrar tus vidrieras
a la tinta que riega el ventarrón.

Es que voy en la racha
a filtrarme en tu paz buena muchacha.



EL PERRO DE SAN ROQUE

Yo sólo soy un hombre débil, un espontáneo
que nunca tomó en serio los sesos de su cráneo.

A medida que vivo ignoro más las cosas;
no sé ni por qué encantan las hembras y las rosas,

Sólo estuve sereno, como en un trampolín,
para saltar las nuevas cinturas de las Martas
y con dedos maniáticos de sastre, medir cuartas
a un taller de caricias ideado por Merlín.

Admiro el universo como un azul candado,
gusto del cristianismo porque el Rabí es poeta,
veo arriba el misterio de un único cometa
y adoro en la Mujer el misterio encarnado.

Quiero a mi siglo; gozo de haber nacido en él.
Los siglos son en mi alma rombos de una pelota
para la dicha varia y el calosfrío cruel
en que cesa la media y lo crudo se anota.

He oído la rechifla de los demonios sobre
mis bancarrotas chuscas de pecador vulgar,
y he mirado a los ángeles y arcángeles mojar
con sus lágrimas de oro mi vajilla de cobre.

Mi carne es combustible y mi conciencia parda;
efímeras y agudas refulgen mis pasiones
cual vidrios de botella que erizaron la barda
del gallinero contra los gatos y ladrones.

¡Oh, Rabí, si te dignas, está bien que me orientes:
he besado mil bocas, pero besé diez frentes!

Mi voluntad es labio y mi beso es el rito...
¡Oh, Rabí, si te dignas, bien está que me encauces;
como el can de San Roque, ha estado mi apetito
con la vista en el cielo y la antorcha en las fauces!



VACACIONES

De tu pueblo a tu hacienda te llevabas
la cabellera en libertad y el pecho
guardado por cien místicas aldabas.

Metías en el coche los canarios,
la máquina de Singer, la maceta,
la canasta de pan... Y en el otoño
te ibas rezando leguas de rosarios.

René, el gigante perro del pastor,
en un galope como si nadara,
te escoltaba, buscándote la cara.

Y detrás del René blanco y gigante
en aquel mapamundi de ilusión
cabalgaba sin brida el estudiante.

René hacía tres veces el camino
yendo y viniendo desde ti hasta mí,
ladrando porque no y porque sí.

René, acróbata de tu portezuela,
venía a hacer brincar su corazón
escandaloso, arriba de mi arzón.

Luego mordía a las mulas; pero ellas,
al peligroso paso de tu río
sólo pedían, por sacarte salva,
transfigurarse en un tiro de estrellas.

A ti la voz confidencial del campo
de mañana llamábate la hija
mayor de la comarca, y en la tarde
de todo lo creado la idea fija.

Del mapamundi del amor, no más
yo en estas vacaciones sobrevivo;
pero fuera del mundo van un coche,
un estudiante de Santo Tomás
y un perro que les ladra sin motivo.

¡QUÉ ADORABLE MANÍA..!

¡Qué adorable manía de decir
en mi pobreza y en mi desamparo:
soy más rico, muy más que un gran visir:
el corazón que amé se ha vuelto faro!

Cuando se cansa de probar amor
mi carne, en torno de la carne viva,
y cuando me aniquilo de estupor
al ver el surco que dejó en la arena
mi sexo, en su perenne rogativa:
de pronto convertirse al mundo veo
en un enamorado mausoleo...

Y mi alma en pena bebe un negro vino,
y un sonoro esqueleto peregrino
anda cual un laúd por el camino...

Por darme el santo y seña
se ata debajo de la calavera
las bridas del sombrero de pastora.

En su cráneo vacío y aromático
trae la esencia de un eterno viático.
Y, al fin, del fondo de su pecho claro,
claro de Purgatorio y de Sión,

en el sitio en que hubo el corazón
me da a beber el resplandor de un faro!

MI VILLA

Si yo jamás hubiera salido de mi villa,
con una santa esposa tendría el refrigerio
de conocer el mundo por un solo hemisferio.

Tendría, entre corceles y aperos de labranza,
a Ella, como octava bienaventuranza.

Quizá tuviera dos hijos, y los tendría
sin un remordimiento ni una cobardía.

Quizá serían huérfanos, y cuidándolos yo,
el niño iría de luto, pero la niña no.



¿No me hubieras vivido, tú, que fuiste una aurora,
una granada roja de virginales gajos,
una devota de María Auxiliadora
y un misterio exquisito con los párpados bajos?

Hacia tu pie, hermosura y alimento del día,
recién nacidos, piando y piando de hambre
rodaran los pollitos, como esferas de estambre.

Quiero otra vez mis campos, mi villa y mi caballo
que en el sol y en la lluvia lanza a mitad del viaje
su relincho, penacho gozoso del paisaje.

Corazón que en fatigas de vivir vas a nado
y que estás florecido, como está la cadera
de Venus, y ceniciento cual la madera
en que grabó su puño de ánima el condenado:

tu tarde será simple, de ejemplar feligrés
absorto en el perfume de hogareños panqués
y que en la resolana se santigua a las tres.

Corazón: te reservo el mullido descanso
de la coqueta villa en que el señor mi abuelo
contaba las cosechas con su pluma de ganso.

La moza me dirá con su voz de alfeñique
marchándose al rosario, que le abraza la falda
ampulosa, al sonar el último repique.

Luego resbalaré por las frutales tapias
en recuerdo fanático de mis yertas prosapias.

Y si la villa, enfrente de la jocosa luna,
me recuerda la pérdida de aquel bien que me dio,

sólo podré jurarle que con otra fortuna,
el niño iría de luto, pero la niña no.

LA SALTAPARED

Volando del vértice
del mal y del bien,
es independiente
la saltapared.

Y su principado,
la ermita que fue
granero después.

Sobre los tableros
de la ruina fiel
la saltapared
juega su ajedrez,
sin tumbar la reina,
sin tumbar al rey...

Ave matemática
nivelada es
como una ruleta
que baja y que sube
feliz, a cordel.

Su voz vergonzante
llora la doblez
con que el mercader

se llevó al canario
y al gorrion también
a la plaza pública,
a sacar la suerte
del señor burgués.

Del tejado bebe
agua olvidadiza
de los aguaceros,
porque transparente
su cuerpo albañil
gratuito nivel.

Y al ángel que quiere
reconstruir la ermita
del eterno Rey
sirve de plomada
la saltapared.

EL SUEÑO DE LOS GUANTES NEGROS

Soñé que la ciudad estaba dentro
del más bien muerto de los mares muertos.
Era una madrugada del invierno
y lloviznaban gotas de silencio.

No más señal viviente, que los ecos
de una llamada a misa, en el misterio
de una capilla oceánica, a lo lejos.

De súbito me sales al encuentro
para volar a ti, le dio su vuelo
el Espíritu Santo a mi esqueleto.

Al sujetarme con tus guantes negros
me atrajiste al océano de tu seno,
y nuestras cuatro manos se reunieron
en medio de tu pecho y de mi pecho,
como si fueran los cuatro cimientos
de la fábrica de los universos.

¿Conservabas tu carne en cada hueso?
El enigma de amor se veló entero
en la prudencia de tus guantes negros.

¡Oh, prisionera del valle de México!

mi carne... de tu ser perfecto
quedarán ya tus huesos en mis huesos;
y el traje, el traje aquel, con que tu cuerpo
fue sepultado en el valle de México;
y el figurín aquel, pardo género
que compraste en un viaje de recreo...

Pero en la madrugada de mi sueño,
nuestras manos, en un circuito eterno
la vida apocalíptica vivieron.

Un fuerte... como en un sueño,
libre como cometa, y en su vuelo
la ceniza y ... del cementerio
gusté cual rosa...



EL SUEÑO DE LA INOCENCIA

Soñé que comulgaba, que brumas espectrales
envolvían mi pueblo, y que Nuestra Señora
me miraba llorar y anegar su Santuario.

Tanto lloré, que al fin mi llanto rodó afuera
e hizo crecer las calles como en un temporal;
y los niños echaban sus barcos papeleros,
y mis paisanas, con la falda hasta el huesito,
según se dice en la moda de la provincia,
cruzaban por mi llanto con vuelos insensibles,
y yo era ante la Virgen, cabizbaja y benévola,
el lago de las lágrimas y el río de respeto...

Casi no he despertado de aquella maravilla
que enlazará mis Ultimos óleos con mi Bautismo;
un día quise ser feliz por el candor,
otro día, buscando mariposas de sangre,
mas revestido yo con la capa de polvo
de la santa experiencia, sé que mi corazón
hinchado de celestes y rojas utopías,
guarda aun su inocencia, su venero de luz;
¡el lago de lágrimas y el río del respeto!



AGUA FUERTE

(Alfonso Carmín)

Alfonso, inquisidor estafalario:
te doy mi simpatía, porque tienes
un aire de murciélago y canario.

Tu capa de diabólicos vaivenes
brota del piso, en un conjuro doble
de Venecias y de Jerusalenes.

Equidistante del rosal y el roble
trasnochas, y si busco en la floresta
de España un bardo de hoy, tu ave en fiesta
casi es la única que me contesta.

SUAVE PATRIA

PROEMIO

Yo que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro,
alzo hoy la voz a la mitad del foro
a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo,
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo Chuan
que remaba la Mancha con fusiles.
Diré con una épica sordina:
la Patria es impecable y diamantina.

Suave Patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

PRIMER ACTO

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo
Y los veneros de petróleo el diablo.

Sobre tu Capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los fuegos de artificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa
el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco, sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por las madrugadas del terruño,
en calles como espejos, se vacía
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas;
después, un paraíso de compotas,
y luego te regalas toda entera,
suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,
que en tu lengua de amor prueban de ti
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña
de locura, enloquece a la montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el Viático,
y al fin derrumba las madererías
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas;
oigo lo que se fue, lo que aún no toco,
y la hora actual con su vientre de coco.
Y oigo en el brinco de tu ida y venida,
¡oh, trueno!, la ruleta de mi vida.

INTERMEDIO

(Cuauhtémoc)

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,

a tu nopal inclínase el rosal;
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de responsos llena el victorial
zócalo de ceniza de tus plantas.

No como a César el rubor patricio
te cubre el rostro en medio del suplicio;
tu cabeza desnuda se nos queda,
hemisféricamente, de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, el azoro de tus crías,
el sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.

SEGUNDO ACTO

Suave Patria: tú vales por el río
de las virtudes de tu mujerío.
Tus hijas atraviesan como hadas,
o destilando un invisible alcohol,

vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.

Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito,
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti mientras una mexicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de miagros, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,
con tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y al obús,
un higo San Felipe de Jesús.

Suave Patria, vendedora de chíá:
quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañon, y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo
para el ave que el párvulo sepulta
en una caja de carretes de hilo,
y nuestra juventud, llorando, oculta
dentro de ti, el cadáver hecho poma
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja
desde el vergel de tu peinado denso
frescura de rebozo y de tinaja:
y si tiritito, dejas que me arrope
en tu respiración azul de incienso
y en tus carnosos labios de rompopé.

Por tu balcón de palmas bendecidas
el Domingo de Ramos, yo desfilo
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,
cual muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, con el bravío pecho
empitonando la camisa, han hecho

la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz, la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono
a la intemperie, cual una sonaja:
la carreta alegórica de paja.

24 abril, 1921.



EL VERSO INOLVIDABLE...

La síntesis diferencial de este poeta asciende como un trémolo de aristocracias sobre la hora vacía de las hemorragias nacionales. Enfrentándolo con la realidad externa que lo nutrió, se llega a la conclusión de que el Yo irreductible rebasa los datos de la experiencia común y proyecta en hipótesis viables las construcciones del porvenir.

Aquel que se evade cotidianamente a zonas de abnegación, donde te argentan los ideales por congelaciones sucesivas y de donde se vuelve con el sentido ingrátido de la escarcha y la alondra; el que logra, por un esfuerzo sostenido, prender en la noche de la Patria una bella curva espiritual; quien perfecciona el coloquio con los sistemas planetarios que bailan en las franjas del sol coladas por la rendija; quien además de todo esto, encadena sus emociones, las combina en los sagrarios intangibles de la personalidad consciente y las filtra por el ojo de una aguja para que caigan libres de escoria, merece ser llamado héroe de la epopeya siglo veinte que vivimos.

Por nudos de discreto heroísmo trepaba López Velarde a los cables que nos tiran las constelaciones.

Hoy, que estamos familiarizados con los retratos vertiginosos de la pantalla, recordamos con júbilo el busto del poeta y reaparece en las películas de la memoria con sus guiños y valores plásticos y espirituales. Pero como aquí el fotógrafo operaba con las falanges ardorosas de la vida, se nos representa cual un malabarista que equilibrase la magia interna y la magia del mundo; surge de nuevo con su sonrisa modelada por el septimino de las cañas panidas; en su máscara leemos la teoría de nostalgias y silencios fecundos, y volvemos a ver su cabeza patricia y denodada y su aspecto de angelote escapado de frisos pre-estelares.

Cuando la madrépura emocional de López Velarde iba a abrir cardinalmente su millón de brazos, resplandecientes de corales y sorpresas, murió trocando en sonrisas el último latido. Dicen que, al ungir su frente, ¡amanecía!

Este es el hombre que dio un salto mortal e inmortal, al pasar de su fino ensayo de *Sangre devota a Zoçobra y El Minutero*. Su sentimentalismo primitivo es más tarde resplandor nervioso; su anarquía ilimitada y difusa tiende a lo exquisito ilimitado y sus simples emociones estéticas conviértense en sensibilidad mental. De este modo, el amorfo iridiscente de la subconciencia: automatismo psíquico, dictado de los sueños, imágenes espontáneas, endopatía; todo el cortejo de inasibles que

acompañan a los fenómenos misteriosos que acaecen en nuestra red nerviosa y en los altos centros cerebrales, adquieren carta de ciudadanía en los versos y en la prosa de este cantor infortunado.

En la provincia armonizará un derroche de luces vegetales por monterías y huertas; en la ciudad urdió con la risa de la mujer y el juego de arbitrarias cataratas, una metafísica de cristales. Pero no sólo se libertó del terruño charanguero y entumecedor, sino también de la urbe, esa amortajada con el llanto de la decadencia y el hipo de los bárbaros. Fue cuando empezó a tatuar con sus conceptos acerados las encinas de la selva intocada para convertirse en el arquitecto de sí mismo, el arquitecto que levantaba sus palacios imaginarios con coordenadas, que antes parecían abstrusas, por estar hechas con puntos medulares, y que hoy con claras de «claridad desesperante».

Su ubicuidad permitíale ser el metaforista bizarro que ritmaba su profetismo intelectual con la mecánica del pelele, y el flaneur abstraído, que luego se gastaba la broma de tomar un camión astroso. ¡Oh, dúctil Sagitario, cazador de imposibles estrellas cinemáticas! Fue el lustre de su vida en que se dedicó a ensamblar hallazgos de raro calibre, basta conseguir precipitados quimio-cerebrales casi absolutos, como este:

Mi carne pesa, y se intimida
porque su peso fabuloso
es la cadena estremecida
de los cuernos universales
que se han unido con mi vida.

Ámbar, canela, harina y nube,
que en mi carne ni tejer sin mimos,
se eslabonan con el efluvio
que ata los náufragos racimos
sobre las crestas del diluvio.

Mi alma pesa, y se acongoja
porque su peso es el arcano
sinsabor de haber conocido la
Cruz y la floresta roja
y el cuchillo del cirujano.

Y aunque todo mi ser gravita
cual un orbe vaciado en plomo
que en la sombra paró su rueda,
estoy colgado en la infinita
agilidad del éter, como
de un hilo escuálido de seda.

¡Así habla el Demiurgo! Su yo depurado trasciende
al egoísmo y se hace impersonal!

Baja a veces su imperio alcanforado con el terrible cedazo que ya no cierno sino polen de rosaledas y levaduras del trasmundo, para asombrarnos con su poema «Humildemente», o reconducirnos a la «Suave Patria» por una coordinación de síntesis espontáneas forjadoras de un collar de endecasílabos supremos. Sus dedos hortelanos vuelven a oler a jengibre y manzanilla, derraman sus ánforas glucosas de albérchigos y guayabas, mueven a su paso las corolas un allegro de estambres y cruza, rúbrica feliz, por los paisajes de su inventiva, «el relámpago verde de los loros». ¡Arpegios incorruptibles! ¡Mieles de Dios!

He aquí el poeta que odiaba el grito y las contorsiones de los versificadores impacientes. He aquí al hombre que quemaba diariamente las etiquetas de la literatura y que hoy se instala en las ágoras de la República resucitado con el aliento de las vírgenes lejanas, sostenido por la parábola que radiaron sus flechas cosmogónicas y consagrado por el óleo latino.

Con el decurso de los días aparecen los botareles y armadura de una fábrica que por su inquietud espiritual desborda los cálices apolíneos y que, aprovechando la disimetría de cien torres, se estiliza góticamente en el azul...

Entendiendo el ideal en el Arte como la armonía de las formas futuras y, dentro de esto, el perfeccionamiento

de la humanidad por la belleza, ninguno de nuestros poetas alcanza timbres tan nobles como Ramón López Velarde.

Efectivamente, en la breve y condensada obra que nos legó resaltan la anatomía y virtudes de la mujer y las excelencias del territorio, miniadas con el pincel de la comprensión, el cariño y el desinterés. De nuestro acervo literario esta es la sola vibración lírica cuyos elementos orquestan la rapsodia mexicana que se alza como una arquitectura barroca cimentada en basaltos y obsidiana, revestida de tezontle, ónices y tecali, y rematada por logias opalinas y tímpanos aéreos que se resuelven en gamas ornitológicas y vuelos de colibrí.

Como aceptó la divina amargura de vivir en continuidad poética de los objetos preciosos que nos rodean, escogió a la mujer para descansar de las tareas espirituales que asedian al constructor moderno. Los que le creen romántico no recuerdan que dejó caer en los escudos de su vía-crucis estas lágrimas de oro: «el hijo que no he tenido es mi verdadera obra maestra». Por lo demás, su mano inverosímil hizo de la estatua femenina una delicia avasalladora que finge, bajo las ropas negras, un trazado en marfil de escalofríos.

Su otro oasis fue la provincia. Rasgando pequeños horizontes, nos reintegró a una patria efectiva, sin truenos,

una patria que aunque internamente, padece el sarpullido de las fobias, suele caracterizarse como un contacto de almas y estrellas.

Pero el poeta frecuenta otros parajes. Las sendas se le motean de precipicios; su sibila, aconsejada por la serpiente, no hace sino gritarle negaciones; sus miembros distiéndense en los crepúsculos hasta tocar las violetas del nubarro. Las telas fantásticas de *Zozobra* y *El Minutero* se enriquecen con el toque gris de plata y los sulfuros que poblaran las concepciones de un redivivo Greco. El sismo medular provoca perturbaciones indelebles que evidencian el patetismo raigal.

Mas, la voluntad alerta, prende en cada jirón de enigma el brote insinuante de unos labios, aterciopela cada sollozo con un acorde y hace abortar en las entrañas de los profundos ébanos nocturnos nácares, plumones, caricias y delirios. Y resulta lo excepcional en poesía; dentro la negra inmensidad arde la afirmación de la estrella, la mujer y el cocuyo, reivindicando alegría. ¡Inquietud y elegancia!

A esto hay que agregar una complicación pictórica de primer orden, una bruma leonardesca de ágatas, perlas y cianuros que sublima los cuadros del poeta y hacen de los paisajes un derivado del reposo animal y una secuencia de la fluidez del pensamiento. Almas y formas humanas se encaminan por prados, arroyos y roquedales; sumándose a

ellos y amalgamándose en las lejanías, para converger en perspectivas abstractas, plenas de futuridades excesivas...

Esta manera de López Velarde no es aparente: es una integración de infinitesimales que sólo alcanzan los creadores, cada uno de los cuales vive su distinta eminencia, más allá de las escuelas pasadas y presentes.

Como en el verso inolvidable, su ojo, cada mañana, era el príncipe del día.

Finalmente, los elementos (psico-estructurales) de que se sirvió López Velarde para realizar la trunca delicia de su ensueño, son sin duda, al nuevo aporte de quilate-rey que vuelca en el tesoro social de la belleza. Estos elementos son la rima, el ritmo y el adjetivo. Vale la pena aventurar una impresión fervorosa.

RIMA.- Con su rima -mentís solemne a los flojos buzos del lenguaje- dio circulación al oro de las minas estáticas, timbrando el mercado con remates y desconcertantes. Sus consonancias y asonancias son frutos esenciales que caen estilizados del paraíso de la idea.

RITMO.- Ritmo velado y letárgico que corresponde a las actitudes de un sonámbulo innovador. Música cerebral y doliente que se va imponiendo como la

gracia de los rostros queridos y que al fin nos conquista a fuerza de diarios sortilegios. Pocas veces se da el caso en la historia de las literaturas de un ritmo que sea exponente de las modalidades internas del artista que vaya, como en el presente caso, por las líneas quebradas del pensamiento de la vida.

ADJETIVO.- Monstruoso vástago de Laforgue y Herrera Reissig es el adjetivo velardeano. Es de Laforgue por su audacia orbal, proveniente de energías insospechadas, caída de los hospitales saturnianos y de las faunas y floras invertebradas y geométricas de Orión. Vale como un lingote rico de heliotropos y electrones. Es de Herrera y Reissig por su química descompuesta y su cromatismo espectral, pues fue extraído de terciopelos submarinos y suscitado por las aventuras de la luz y el sonido en las gargantas, en las cabelleras, en las encías amadas, en los valles y en el diálogo del lucero y el pozo. Sumado al sustantivo precipita cobaltos faraónicos y ocelados, únicos para esmaltar la cauda de un destino. A veces es el adjetivo del Espíritu Santo robado al filón bíblico y a los bronce purísimos que rodará por calles y azoteas el ángelus del día...

Tal el hombre que vislumbró la presencia trágica del alma y que, equilibrando la emoción y el conocimiento, logró el armónico trascendente.

López Velarde es acreedor a una viva corona de gratitudes porque estando dotado como pocos para operar en el vacío, supo contenerse y darnos el acento cuajado de su espíritu. Supo decirnos lo estupendo anímico y evitar los saltos bruscos apoyándose en la ironía, como tangente que alegra los márgenes del drama, aunque sin concederle intelectual regalía.

Fue un dignatario de su Patria y hubiese llegado a ser sintonizador de ondas transoceánicas, arquetipo de esta humanidad que se traslada, sólo Dios sabe a qué generosas maravillas.

Que se alcen sobre su tumba, en este aniversario, nuestras cumbres mayores, en una alba salutación de ventisqueros.

Rafael Cuevas



BIOGRAFÍA DEL AUTOR¹

Ramón López Velarde (Jerez, Zacatecas, 15 de junio de 1888 - Ciudad de México, 19 de junio de 1921) Poeta zacatecano modernista, renovador de la poesía mexicana. Su obra literaria fue abundante, publicó poemas y ensayos en diarios y revistas de varios estados de la República. Su poema “La suave patria” ha tenido a lo largo del siglo XX una gran difusión.

En 1900, abandonó Jerez e ingresó al Seminario de Zacatecas, donde aprendió latín. Dos años después prosiguió sus estudios en Aguascalientes, en la Academia Latina León XIII. A los 16 años escribió “A un imposible”, poema dedicado a Josefa de los Ríos, a quien evocaría en su obra con el nombre de “Fuensanta”.

Dejó el seminario e ingresó al Instituto de Ciencias de Aguascalientes, donde cursó la preparatoria. Con Enrique Fernández Ledesma, Pedro de Alba y José Villalobos Franco fundó en 1906 la revista Bohemio.

¹ Rotonda de las Personas Ilustres. «Ramón López Velarde». Segob. Archivado desde el original el 14 de julio de 2014. Consultado el 19 de junio de 2021.

En 1908 se inscribió en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. Obligado por la Revolución a asumir una posición política, se declaró maderista. Cuando Francisco I. Madero fue aprehendido y llevado a San Luis Potosí, litigó a favor del líder.

Publicó crónicas y poemas en revistas como El Regional y Cultura, ambas de Guadalajara. Allí mismo intentó publicar su libro *La Sangre Devota*, tentativa que se materializó seis años después. En 1911 se recibió de abogado y trabajó como juez en Venado, San Luis Potosí.

Se trasladó a la ciudad de México donde ocupó diferentes cargos, como el de maestro de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria y en la de Altos Estudios.

Pacifista y demócrata, en 1914 fijó su lugar de residencia en la capital, presionado por los estragos que causaba la Revolución en Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes, y enfurecido por el asesinato de su tío Inocencio López Velarde, sacerdote que en Zacatecas se negó a casar por la fuerza a una jovencita con un general villista.

En 1917 murió Josefa de los Ríos, "Fuensanta", y le dedicó la segunda edición de *La Sangre devota*. Conoció más tarde a Margarita Quijano, maestra normalista y de

literatura, refinada y culta, quien rechazó su propuesta de matrimonio por hacerse monja.

En la ciudad de México colaboró en *La Nación*, *El Nacional*, *Vida Moderna*, *México Moderno* y *Revista de Revistas*. En 1919, publicó *Zozobra*, su segundo y último libro en vida. Dos años después concluyó “*La Suave Patria*”, poema patriótico. La muerte interrumpió su obra a los 33 años de edad.

Hasta 1963, como un acto de justicia y para exaltar el espíritu cívico y los sentimientos patrióticos, se destinó en el Panteón Civil de Dolores, en la hoy Rotonda de las Personas Ilustres.



BIOGRAFÍA DEL ILUSTRADOR²

Fermín Revueltas (Santiago Papasquiario, 7 de julio de 1901 - Ciudad de México, 9 de septiembre de 1935). Nacido en el estado de Durango en el noreste de México, su familia lo llevó a vivir a Guadalajara entre 1910 y 1913.

Más adelante estudió en un colegio jesuita en San Antonio, Texas. En los Estados Unidos entró en contacto con pugnas de trabajadores y demandas de la unión en Chicago, las cuales influenciaron enormemente sus ideas como artista. A su regreso a México se unió a la revolución en la enseñanza de las Escuelas al Aire Libre de Pintura y fue director de la escuela José María Velasco en Villa de Guadalupe en la ciudad de México. Estuvo activo en la Unión de Trabajadores Técnicos, Pintores, Escultores y Grabadores y adoptó las proposiciones estéticas del movimiento literario de los "Estridentistas".

Participó en la primera etapa del muralismo, pintando una alegoría religiosa en encáustica para la entonces Escuela Nacional Preparatoria en 1923. En 1928 se unió al Partido Comunista Mexicano y apoyó sus

² Colección Blaisten. «Fermín Revueltas». Museo Blaisten. Archivado desde el original. Consultado el 19 de junio de 2021.

demandas por un cambio completo en la enseñanza del arte hecha por el grupo ¡30-30!, con manifiestos, carteles y exhibiciones. Con un lenguaje de forma avant-garde, rememorando el constructivismo ruso y el futurismo de Marinetti, ilustró las cubiertas de la revista crítica Crisol.

Murió a temprana edad en 1935 dejando incompletos varios proyectos murales y una carrera artística en lo alto de su madurez de expresión.

Este libro se terminó de editar en junio de 2021
en Amecameca, Estado de México.

Con motivo del 100° aniversario luctuoso del poeta mexicano **Ramón López Velarde** y como parte de la nueva época del *Programa de Fomento a la Lectura*, El Centro Universitario UAEM Amecameca lanza la presente edición del libro *El son del corazón*.

De esta manera, a la vez que se actúa en beneficio de la difusión y promoción de la literatura, acercamos las letras a nuestra comunidad y recordamos, a cien años de su partida, a López Velarde, considerado en algún momento poeta nacional.

